

Introducción

Vivimos en un tiempo marcado por una reconfiguración profunda en la relación entre Estado y mercado en el que se cuestionan muchos de los supuestos heredados de un pasado dominado por la ideología neoliberal. La era neoliberal comenzó en los años ochenta con las victorias electorales de Margaret Thatcher y Ronald Reagan, pero alcanzó su punto álgido en los años noventa y principios de los años 2000, antes de caer en la larga crisis que comenzó con el crac financiero de 2007-08. Durante este tiempo, el Estado fue presentado en el discurso público como la fuente de muchos de los problemas de la sociedad. Ineficaz, paternalista, corrupto, despilfarrador, el Estado se concibió como una entidad parasitaria propensa a la intromisión y a la interferencia con la acción espontánea de la sociedad. El verdadero garante de la prosperidad era el mercado, lugar donde bastaba el interés económico de los individuos, la actividad creativa de los empresarios y la búsqueda de beneficios de las empresas para crear prosperidad para todos. El Estado debía mantenerse a raya, limitarse y corregir su tendencia hacia la intervención; a lo sumo podía servir para mantener la ley y el orden, ofrecer una ayuda limitada a los pobres, aunque sin inducirlos hacia la pereza, proporcionar la regulación necesaria para garantizar la libertad del mercado y, cuando fuera inevitable, intervenir allá donde el mercado fallara. Si el mercado era el motor de la sociedad, el Estado era más bien un freno, un mecanismo que solo se accionaba cuando era estrictamente necesario para corregir sus errores o «excesos»; en definitiva, una entidad que no parecía tener una función positiva.

El desarrollo de la globalización durante el último medio siglo (inmanente al dominio de la hegemonía neoliberal) con la expansión de las empresas multinacionales y el crecimiento vertiginoso de los flujos de mercancías, capitales e información que cruzaban fácilmente las fronteras nacionales, parecía marcar un debilitamiento práctico del Estado, entendido este en su forma de Estado-nación. En una ironía de la historia, «el marchitamiento del Estado»,¹ había llegado no como resultado del socialismo, sino como producto del triunfo final del capitalismo. Sin embargo, las múltiples crisis a las que se enfrenta nuestra sociedad en las primeras décadas del tercer milenio han vuelto a poner en primer plano la necesidad del intervencionismo por parte del Estado en muchos ámbitos: desde la intervención fiscal y monetaria ante las crisis económicas cada vez más frecuentes, fruto de un mercado sin dirección; hasta unas medidas pandémicas que han supuesto unos niveles de movilización del aparato estatal a las que ya no estábamos acostumbrados; pasando por programas de transición «verde» contra el cambio climático, que han llevado a los gobiernos a elaborar planes nacionales de transformación del sistema energético y de transportes. En todos estos niveles estamos asistiendo a lo que podríamos describir con Freud como el «retorno de lo reprimido» del neoliberalismo: el Estado intervencionista.

Este retorno del Estado es la deriva fundamental para comprender el tiempo en el que vivimos, cómo se relaciona a las épocas pasadas y cuáles van a ser los principales retos políticos a los que nos vamos a enfrentar en los próximos años. Hace tiempo que se habla de un «interregno» para señalar la apertura de una crisis de la hegemonía del neoliberalismo. Durante la década de 2010, esta crisis se ha manifestado no solo en las dificultades económicas que han atravesado muchos países, sino también en la irrupción en la escena política de «populismos» de diferentes tipos, los cuales han evidenciado un fuerte nivel de descontento en la población. Sin embargo, a principios de los años veinte, ya no basta con explicar la realidad contemporánea como una fase de transición interminable; la urgencia política de una época marcada por acontecimientos traumáticos, que hasta hace poco eran impensables, nos obliga a intentar imaginar lo que podría salir de este interregno. Si muchos hablan de posneoliberalismo para indicar un agotamiento de la era neoliberal, ahora nos hace falta explicar en qué consiste el viejo mundo que estamos abandonando, pero también radiografiar el nuevo

1 Engels, F. (1961), *Anti-Dühring*, Grijalbo, Ciudad de México.

mundo hacia el que nos dirigimos. De hecho, en los últimos años ya se ha producido una importante transformación en el campo de batalla discursivo, en los términos clave y en las expectativas que organizan la disputa política: el neoliberalismo está dando paso al neoestatismo.

Con el término *neoestatismo* me refiero a la aparición de un nuevo horizonte ideológico que consiste en la aceptación, como consenso de mínimos, de una mayor intervención estatal. El estatismo se define normalmente como un «sistema de gobierno en el cual el Estado tiene una gran capacidad de agencia sobre las empresas privadas y los asuntos económicos».² En el pasado, este concepto se ha utilizado para referirse a formas de intervencionismo estatal que no están necesariamente en contradicción con una economía de mercado, sino más bien que tratan de subordinar su funcionamiento a fines políticos. Entre las formas de intervencionismo más habituales figuran las políticas del Estado de bienestar, los diferentes instrumentos de la política industrial, el proteccionismo comercial, la planificación económica, la propiedad pública de empresas estratégicas, como se ha visto en países como Francia y Italia en los años sesenta y setenta, o las políticas desarrollistas aplicadas en países como Japón, Corea y Brasil. Con el término neoestatismo me refiero, ante todo, a la transformación de la retórica y del imaginario político; a una visión del Estado como una entidad activa y dinámica, y ya no puramente regulativa o disciplinaria como en la era neoliberal: un «Estado inversor», tal y como lo expresa el presidente de EE. UU., Joe Biden, refiriéndose a los planes de inversión lanzados tras la pandemia; un «Estado presente» como lo reivindican los nuevos líderes de la izquierda latino-americana; un «Estado emprendedor», en palabras de la influyente economista Mariana Mazzucato;³ y un «Estado protector», tal y como lo ha evocado por un lado, Emmanuel Macron durante los primeros momentos del conflicto de Ucrania, y por otro lado, los diferentes políticos progresistas que tratan de instaurar algo así como una extensión del Estado de bienestar. Así, a nivel discursivo podemos afirmar que ya no se habla del estado de la misma manera que se hacía durante las décadas pasadas.

2 Real Academia Española (2015), *Diccionario de americanismos*, Taurus, Barcelona, p. 25.

3 Mazzucato, M. (2022), *El estado emprendedor: La oposición público-privado y sus mitos*, Taurus, Barcelona.

Este cambio ideológico se desarrolla en paralelo a cambios prácticos en la política contemporánea: un retorno del proteccionismo comercial y de la política industrial con el uso de subvenciones, barreras reguladoras, aranceles y la defensa de la propiedad nacional de las empresas estratégicas; un énfasis creciente en la necesidad de una fiscalidad más justa de las empresas multinacionales; y la recuperación de formas indicativas de planificación, especialmente en el contexto de la política medioambiental, tecnológica y energética. Las políticas intervencionistas que los neoliberales consideraban ilegítimas y peligrosas vuelven a ser vistas por diversos actores políticos, tanto de centro derecha como de centro izquierda, como necesarias para garantizar el desarrollo económico y social, la seguridad de los ciudadanos y la protección medioambiental.

Por el momento, el neoestatismo no es todavía un concepto coherente e inequívoco. El término manifiesta, por el contrario, un cambio *transversal* en la estructura simbólica de la política contemporánea, caracterizado por la consolidación de unas nuevas prioridades y cuestiones sociales compartidas por las que las fuerzas de izquierda y de derecha, aunque con respuestas diferentes. Esta nueva realidad ideológica se manifiesta en una transformación del *sentido común* en la que las percepciones y actitudes de los ciudadanos parecen estar cada vez más en desacuerdo con la imagen triunfal del «libre mercado». En los últimos años, varias encuestas en Estados Unidos y Europa han documentado cómo los ciudadanos ya no confían en la globalización, están preocupados por la creciente desigualdad social y el cambio climático, y demandan una mayor intervención del Estado a la hora de resolver estos y otros problemas para los que no parece haber «solución de mercado». Además, cada vez más gente mira con envidia el modelo económico de China, que, gracias a una fuerte intervención estatal, ha conseguido mantener niveles de crecimiento muy superiores a los de EE. UU. y la Unión Europea. Incluso en Occidente, el «libre mercado» ya no parece considerarse la mejor receta para la prosperidad, y mucho menos la «prosperidad compartida», según el lema de Xi Jinping.

La pandemia de covid-19 fue un momento decisivo para la consolidación de este cambio de paradigma, como declaró la revista estadounidense de estudios internacionales *Foreign Policy* en 2020: «¡Ahora todos somos estatistas!».⁴ En el *Financial Times*, Janan Ganesh escribió: «El léxico

4 Crabtree, J., Kaplan, R.D., y Muggah, R. (2020), «The Future of the State», *Foreign Policy*, 16 de mayo de 2020.

del discurso político ha cambiado a favor de la intervención estatal. Estamos asistiendo a una vuelta a lo que los conservadores solían despreciar como “estado administrativo”». ⁵ Además, la guerra en Ucrania y la crisis energética, añadidas a los efectos cada vez más evidentes del cambio climático, han reforzado la impresión de que estamos entrando en una era en que la intervención del Estado será necesaria a causa de la creciente inestabilidad. Esta tendencia es reconocida también por los liberales, los cuales, tradicionalmente, se han opuesto al intervencionismo económico de los gobiernos. *The Economist*, una revista que en las últimas décadas nunca ha desaprovechado ninguna oportunidad para atacar las ineficiencias del Estado y celebrar la superioridad del mercado, en noviembre de 2021 dedicó un artículo de portada al triunfo del «gran gobierno» (*big government*), admitiendo que el peso de las instituciones públicas estaba destinado a crecer en las próximas décadas debido a diversos factores, como el envejecimiento de la población, la crisis climática y las nuevas tecnologías. La única estrategia razonable para los «liberales clásicos», como se definen a sí mismos los periodistas de esta publicación, era frenar los aspectos más problemáticos de este Estado pantagruélico, pero sin esperar revertir una tendencia que parecía ineludible.

En España, con una derecha todavía arraigada a la ortodoxia neoliberal, el retorno del neoestatismo se ha manifestado sobre todo en las políticas del gobierno de coalición entre PSOE y Unidas Podemos, la cual ha prometido políticas de protección asistencialista ante los peligros sanitarios, ambientales, y sociales así como la reconstrucción de su economía a través de políticas industriales orientadas al mejoramiento del sistema productivo y a la sostenibilidad ambiental. Pedro Sánchez ha adoptado el lema «transformar y proteger» para expresar la idea de un retorno al «socialismo solidario», mientras la ministra de trabajo, Yolanda Díaz, habla a menudo de la necesidad de «proteger», «dar garantías» y «mejorar las condiciones laborales». En América Latina, políticos como Alberto Fernández en Argentina y Gustavo Petro en Colombia han hablado de la necesidad de un «estado presente» que no abandone a los ciudadanos frente a las dificultades, mientras que Lula ha prometido una «reconstrucción» y una «reparación» del estado democrático demolido por Jair Bolsonaro. Estas diferentes tendencias apuntan a una transformación del

5 Ganesh, J. (2020), «Coronavirus and the Comeback of the Administrative State», *Financial Times*, 11 de marzo de 2020.

marco discursivo y de los temas decisivos de la disputa política. Si en la época neoliberal las preguntas que organizaban el debate político eran «¿qué debemos esperar del mercado?» y «¿cómo debemos gestionarlo?», ahora la pregunta clave es «¿qué debe hacer el Estado?»

Este libro analiza el retorno del Estado y la aparición del neoestatismo como un cambio de paradigma en el discurso y la práctica política contemporánea. La tesis central es que nos encontramos ante un momento de transición entre dos épocas ideológicas: por un lado, la época neoliberal, marcada por un consenso bipartidista sobre la necesidad de dar rienda suelta a los «espíritus animales» de la iniciativa privada; y, por otro, una nueva época a la que denomino como *neoestatista*, en donde la nueva, aunque en realidad muy antigua, cuestión sobre el papel del Estado en la sociedad se focaliza en torno a cómo puede hacer frente a las numerosas fuerzas que parecen amenazar la estabilidad y la seguridad de los ciudadanos, y cómo podría permitirles dibujar su futuro común. Esta tesis ofrece una clave interpretativa para comprender el significado de las principales tendencias políticas de los últimos años, con la cual poder tratar, así, de imaginar escenarios futuros.

Mi propuesta es que el «momento populista» visto durante la década de 2010 en todos los niveles, desde los movimientos de protesta como Occupy Wall Street, hasta el nacionalpopulismo de Salvini, Le Pen y Trump y el populismo socialista de Mélenchon, Podemos, Syriza y Sanders, fue, fundamentalmente, una *pars destruens*; es decir, la manifestación abierta de la crisis ideológica del neoliberalismo y su incapacidad para explicar la realidad, pero también un necesario punto de partida en el proceso de recomposición del espacio político en torno a alternativas claramente opuestas: una nueva derecha nacionalista y una nueva izquierda socialista, las cuales, progresivamente, se han ido distanciando de un centro liberal que había dominado políticamente las últimas décadas.

Con la pandemia y la guerra de Ucrania, la crisis del neoliberalismo ha alcanzado por fin su fase terminal. Citando una famosa escena del prefacio de la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel, nos encontramos en el punto en que «Este gradual desmigajarse, que nunca llegaría a cambiar la fisonomía del todo, queda interrumpido por ese amanecer, por ese orto que, cual relámpago, pone ahí delante de un golpe la imagen y figura de un nuevo mundo».⁶ como en la época de Hegel, «nuestro tiempo es un

6 Hegel, G.W.F. (2015), *Fenomenología del espíritu*, Pre-Textos, Valencia, p. 119.

tiempo de orto y de tránsito a un nuevo periodo»,⁷ y es nuestro deber intentar comprender en qué consiste la lógica de este nuevo mundo y cuáles son las diferencias con respecto al viejo mundo del neoliberalismo. Para intentar comprender en qué consiste el espíritu político de nuestro tiempo, en este volumen sigo algunas de las pistas que ofrece la realidad política contemporánea y, en particular, los signos inequívocos del retorno del intervencionismo estatal en la economía. Me focalizo en las siguientes preguntas: ¿Cuáles son las lógicas que ilustran el neoestatismo? ¿Qué ansiedades y preocupaciones sociales expresa? ¿Qué tipo de Estado está surgiendo en este contexto, y en qué se diferencia del Estado neoliberal y del Estado socialdemócrata? ¿En qué consiste el intervencionismo del Estado en esta fase? ¿Y cuáles son las oportunidades políticas que ofrece esta coyuntura a las fuerzas progresistas?

Para explorar dicha cuestiones, esta investigación se centra en el discurso político en Europa, Estados Unidos y América Latina, entre la década de 2010 y principios de la de 2020, utilizando, para ello, los materiales típicos del análisis del discurso: intervenciones públicas de políticos, debates televisivos, entrevistas, programas electorales; todas aquellas ocasiones en las que la política expresa su visión del mundo. Mi objetivo es comprender cuáles son las nuevas propuestas programáticas, las bases sociales de referencia y las estrategias políticas de la derecha, el centro y la izquierda en este nuevo escenario. En este sentido, mi intención es, por un lado, superar el formalismo que ha dominado el análisis ideológico, particularmente en el debate sobre el populismo y, por otro, conectar el análisis discursivo con las evidencias de la economía política y la sociología. Para desarrollar este «diagnóstico del presente», me centro en algunos «significantes clave»; es decir, temas que se repiten obsesivamente en el discurso político, los cuales leo como síntomas de las ansiedades que animan a la sociedad contemporánea. Para interpretar y dar sentido a todo esto, me baso en las ideas que ofrece la filosofía política occidental y, en particular, la reflexión sobre el papel del Estado que recorre todo nuestro pensamiento político, desde Platón hasta Marx, Gramsci y Polanyi, pasando por Maquiavelo y Hobbes.

«Controlar y proteger» son los dos imperativos que marcan esta nueva fase histórica en la que los excesos del mercado han provocado una sensación generalizada de desorden y vulnerabilidad. *Controlar*, porque vivimos en un mundo que parece estar fuera de control, donde la correa

7 *Ibidem*.

de transmisión entre la decisión y su aplicación, entre la autoridad y la ejecución, entre el pueblo y sus representantes, parece estar rota. *Proteger*, porque hay muchas razones para tener miedo y sentirse expuestos y vulnerables, ya que han fallado unas defensas que se daban por sentadas. El control y la protección, junto con la soberanía y la cuestión de la seguridad que se cierne tras estos tres términos, son los «signos maestros» de esta nueva era política: portadores de una agenda radicalmente diferente a la hegemónica del neoliberalismo en los años noventa y principios de los 2000. El vocabulario de la conveniencia, la flexibilidad, la competencia, la apertura y el espíritu empresarial, todos ellos típicos del imaginario neoliberal, dan paso hoy a una reafirmación de la autoridad estatal, el intervencionismo económico y el poder político, los cuales se centran en ciertos factores constitutivos de cualquier comunidad política: su capacidad de autonomía y autodefensa, de supervivencia y reproducción, pero también de elección, dirección y planificación como elementos conscientes para la construcción del futuro.

Nos enfrentamos a lo que, utilizando una metáfora inspirada en la obra filosófica de Hegel y la teoría económica de Polanyi, puede ser descrito como un «gran contragolpe»: un momento de implosión en el orden de la globalización y de fracaso del proyecto neoliberal que conlleva una agenda política en que se ponen en cuestión la mayoría de las expectativas que dominaron las últimas décadas. Si las propuestas políticas neoliberales se alimentaban de motivaciones ligadas a los deseos individuales, apelando al consumismo posesivo y a la libertad individual basada en la propiedad, el neoestatismo posneoliberal se centra, sobre todo, en los temores colectivos. Este horizonte ideológico refleja la necesidad de hacer frente a peligros y riesgos cada vez más evidentes y la demanda por recuperar un sentido de futuro y de estabilidad en un mundo dominado por el caos, la desilusión y el cinismo. El neoestatismo conlleva un imaginario que a menudo no habla de aspiración, sino de desesperación, que no promete crecimiento, sino seguridad y que quiere proveer a la sociedad «sostenibilidad»; es decir, la capacidad de adaptarse a acontecimientos que perturban el orden social. Estas tendencias subyacen a una transformación que es también de naturaleza topológica, dado que afectan a la manera en que la política se relaciona al espacio: del énfasis en el «exterior», o extroversión, de la era neoliberal, con su obsesión por la externalización en todas sus formas (*outsourcing*, *offshoring*, deslocalización, exportación), pasamos a una fase de introspección caracterizada por un enfoque en el mercado *interno*, la repatriación de

la manufactura (el llamado *reshoring*), el proteccionismo comercial y la política industrial. Frente a la crisis de la globalización, las sociedades están experimentando un proceso de «reinternalización» de las fuerzas del mercado, que conlleva una relocalización y una subordinación a la autoridad política. La política retoma control sobre la economía mientras se hace más evidente que también con la economía se hace política.

Para explorar este nuevo paradigma político, en el transcurso del libro me centraré en la tríada neoestatista «soberanía-protección-control», términos que definen el campo de batalla sobre el cual las diferentes fuerzas políticas luchan por ganar el consenso de la población. El término «soberanía», del latín *superanus* o supremo, expresa, en un sentido general, la primacía de la política sobre otras esferas de la sociedad, y del Estado sobre otros poderes; esta afirmación del poder público es una respuesta al sentimiento de impotencia, provocado por el triunfo de la globalización y la manera en que esta ha llevado al debilitamiento de los Estados-nación. Ante el fracaso de la narrativa neoliberal, según la cual el libre mercado desempeñaría el papel de arquitectura de coordinación universal y ofrecería reglas para mediar cualquier conflicto, el discurso de la soberanía refleja una concepción del Estado como actor que no se limita a actuar como parche de los fallos del mercado, sino que asume un papel proactivo de dirección y diseño de la realidad social; si es necesario, incluso sacrificando los intereses económicos inmediatos.

Esta orientación general adquiere diferentes connotaciones a través del espectro político. Por un lado, existe una noción de soberanía nacional y territorial que se centra en el poder del Estado sobre un espacio geográfico concreto como resultado de un proceso continuo de conquista, apropiación y defensa de la apropiación. Esta es la narrativa de la soberanía de la derecha nacionalista, la cual atraviesa desde el espejismo de una «salida» anhelada por el Brexit, hasta el chovinismo de Trump, Le Pen y Salvini, pasando por el expansionismo de Vladimir Putin, en el que la defensa de la soberanía se confunde con el imperialismo, y por el nacionalismo proteccionista de Orbán y Meloni, en donde la defensa de la nación es acompañada por la defensa de la pequeña propiedad. Por otro lado, en contraposición a esta concepción nacionalista, vemos reminiscencias de la noción de «soberanía popular» acuñada por Rousseau y adoptada por los jacobinos franceses, en la que la supremacía invocada es la de la voluntad general del pueblo sobre los intereses particulares: una reafirmación de la democracia en un mundo dominado por los poderes oligárquicos. Esta es la visión de la soberanía

a la que se refieren los movimientos de la nueva izquierda post-2008, mientras que los movimientos sociales ramifican la idea de soberanía en una pluralidad de ejes temáticos, desde la soberanía alimentaria a la soberanía energética, pasando por la soberanía digital, afirmando, así, que en todas estas cuestiones las opciones democráticas deben estar por encima de los intereses económicos particulares.

Las implicaciones de esta reafirmación de la supremacía de la política, y del Estado, quedan más claras al examinar otros dos términos que se repiten con frecuencia en el debate público: «protección» y «control». Mi propuesta es que estos conceptos representan, respectivamente, el fin y el medio de la soberanía. La protección –en todas sus múltiples connotaciones: social, medioambiental, cultural e incluso militar– es un término que permaneció marginal en el debate político durante la alta globalización y que se asoció con ideas negativas de cierre, jerarquía, paternalismo y resistencia a la innovación. Sin embargo, hoy en día la necesidad de medidas «proteccionistas» son evidentes en los más diversos ámbitos. Por ejemplo, en la emergencia del coronavirus el lema recurrente era «protégete a ti mismo y a los demás». Frente a las repetidas crisis económicas, oímos ciudadanos y empresas pedir protección al Estado. Durante la crisis del covid-19, el gobierno del PSOE y Unidas Podemos aprobaron un paquete de medidas denominado como «escudo social», mientras que, en Brasil, Lula ha prometido ampliar el sistema de protección social hacia una «protección de la vida» en todos los ámbitos: desde la salud hasta la seguridad y la participación democrática. Además, el discurso proteccionista también es significativo en las discusiones sobre el cambio climático, sirviendo como respuesta a los eventos meteorológicos cada vez más extremos y a la necesidad de proteger a las personas y el medioambiente ante las adversidades climáticas. En el debate económico, la atención se ha, en parte, movido del énfasis en la expansión continua y la búsqueda de nuevos mercados, a menudo saturados, hacia la «sostenibilidad» y la «resiliencia» (por utilizar dos términos obsesivamente repetidos en el debate contemporáneo y representativos de esta nueva forma de ver el mundo); es decir, hacia la capacidad de asumir unos efectos adversos cada vez más frecuentes. La política contemporánea se ha convertido en una política de protección (tanto que el neoestatismo también puede ser descrito como «neoproteccionismo», o «protectivismo», para subrayar que esta orientación no se limita al proteccionismo comercial). Este cambio de imaginario es reflejo de una coyuntura histórica que ha sido

descrita por algunos observadores como una «vuelta a Hobbes», en referencia al filósofo del *Leviatán*, que defendía el papel del Estado como garante de la seguridad de los ciudadanos.⁸ Si ya en los años ochenta Ulrich Beck hablaba de una «sociedad del riesgo», por referirse a riesgos ambientales más evidentes en los años del desastre de Chernóbil, hoy vivimos una época en la que muchos problemas se perciben no como riesgos circunscritos, sino como amenazas existenciales que ponen en juego la propia supervivencia de la sociedad o, por lo menos, del nivel de bienestar que se da por supuesto en las sociedades occidentales.⁹

Esta cuestión es también un punto de conflicto entre las diferentes tendencias políticas que luchan en el horizonte posneoliberal. Los nacionalistas prometen defendernos de los inmigrantes y las minorías, vistos como la causa de la delincuencia y como agentes que privan de cohesión a la comunidad nacional; además, la derecha ofrece protección a la «clase propietaria», tanto a los pequeños empresarios como a los «superricos», atemorizada por los impuestos y las exigencias redistributivas. En la izquierda, en cambio, la protección que se invoca es ante todo protección social; es decir, la reparación y el refuerzo de los servicios públicos y del Estado de bienestar, pero también la defensa del sistema productivo frente a la rapacidad de las multinacionales y las finanzas, así como la protección del medioambiente ante los efectos del cambio climático. En este campo político encontramos una política de protección que se traduce en una «política de cuidados», viendo en las actividades de cura, apoyo, solidaridad y asistencia a los enfermos, los niños, los mayores, los pobres y los discapacitados un camino para la reconstrucción de la sociedad y de sus formas de solidaridad. Incluso varios centristas parecen ahora dispuestos a aceptar la necesidad de políticas de protección estatal para contrarrestar el crecimiento de las desigualdades y responder a las numerosas amenazas sanitarias, medioambientales y geopolíticas que se avecinan.

El último término que aparece en el discurso neoestatista es «control». El uso de esta noción expresa la intención de restablecer la capacidad del Estado para organizar la sociedad; es decir, conocerla, disciplinarla, dirigirla, etcétera. El propio origen genealógico de esta palabra, inherente al desarrollo de las primeras burocracias medievales, refleja su

8 Runciman, D. (2020), «Coronavirus has not suspended politics – it has revealed the nature of power», *The Guardian*, 27 de marzo de 2020.

9 Beck, U. (2019), *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*, Paidós, Barcelona.

estrecha relación con el surgimiento y desarrollo del Estado, mientras que su recuperación en el presente es una respuesta sintomática a la sensación generalizada de vivir en un mundo fuera de control, en una realidad dominada por el desorden y la imprevisibilidad. La campaña del Brexit propuso una «recuperación del control» con respecto a las fronteras y la inmigración; se trata de un tema que derechistas como Le Pen, Meloni y Abascal han movilizado para conseguir el consenso del electorado. En la izquierda, la política del control se ha articulado en torno al deseo de restablecer la «capacidad de dirección» del Estado; es decir, el poder de gestionar la economía y contrarrestar las presiones centrífugas generadas por la integración económica mundial. En América Latina figuras como Gustavo Petro y Alberto Fernández han prometido un «Estado presente» que sea capaz de dar respuestas a los ciudadanos y organizar la realidad social. Además, la preocupación por el control también ha adquirido un notorio protagonismo con el retorno de la planificación, especialmente en el contexto de las políticas de «transición verde», las cuales obligan los Estados a hacer planes a largo plazo: para reducir las emisiones de CO₂, para cambiar el sistema energético y de transporte y para reorganizar la economía a nivel local y nacional. Por último, también se manifiesta en el crecimiento de la capacidad de vigilancia del Estado, gracias a las tecnologías digitales y los riesgos que estas conllevan para la privacidad y las libertades.

El control está estrechamente vinculado con la protección: en cada ámbito de acción política las formas específicas de protección van acompañadas de formas de control que permiten su funcionamiento. Sin embargo, aunque las formas de protección estatal suelen ser populares entre la mayoría de la ciudadanía, no siempre ocurre lo mismo con las formas de control que necesariamente las acompañan. Esto se puso de manifiesto en la pandemia de covid-19, en la que diversas formas de control estatal destinadas a proteger la salud fueron objeto de fuertes críticas: desde las mascarillas obligatorias hasta las pruebas de detección del virus. Aunque algunos puedan ver este crecimiento de la política de control únicamente como síntoma de un nuevo autoritarismo y de un Estado «bioseguritario», el concepto de control también plantea la cuestión de la democracia: el control de los ciudadanos sobre el Estado, de los controlados sobre los controladores. Después de años en los que los procesos de toma de decisión han sido monopolizados por tecnócratas y empresarios, la actual crisis estructural de las democracias liberales evidencia la necesidad de reconstruir los canales de participación democrática

por los que los ciudadanos expresan su voluntad. No puede haber un verdadero «control» sin la reafirmación de la política como espacio de elección y definición del destino colectivo, superando el sentimiento de impotencia de la era neoliberal.

La intención de este libro es proporcionar un mapa para orientarse en este nuevo espacio de cambiantes percepciones y expectativas. Solo asumiendo los retos de nuestro tiempo y dejando a un lado la nostalgia de una globalización en declive, será posible aprovechar la coyuntura actual como oportunidad para ampliar la democracia, la libertad y la justicia social, alejando, así, el riesgo de reacciones conservadoras y autoritarias. Para llevar a cabo esta tarea, el libro, en el capítulo 1, comienza con la cuestión de la ideología y el concepto de «épocas ideológicas», explorando el neoliberalismo, el momento populista y el neoestatismo como una secuencia dialéctica (tesis, antítesis y síntesis) con la que poder definir las características de las tres principales derivas políticas de nuestro tiempo: la derecha nacionalista, la izquierda socialista y el centro liberal. En el capítulo 2, me muevo de la superestructura a la estructura, explorando las tendencias económicas y sociales de un presente, marcado por la implosión de la globalización. Documento, así, las heridas creadas por la externalización, la deslocalización y la financiarización, las cuales se hacen aún más pronunciadas ante la descomposición de la economía mundial y las inherentes crisis de las cadenas de suministro y el aumento del coste de la vida. En conjunto, estas tendencias generan una experiencia de «agorafobia»; es decir, un temor generalizado por la exposición a fuerzas incontrolables.

En el capítulo 3, analizo la idea de soberanía y la afirmación de la supremacía de la política sobre la economía. Teniendo en cuenta esto, reconstruyo, por un lado, las formas teóricas que los neoliberales han empleado para oponerse a este término, y, por el otro, los contrapuestos significados de «soberanía» empleados por la derecha y la izquierda: soberanía territorial y soberanía popular. La cuestión de la protección y de las diferentes formas de seguridad que son relevantes para la política contemporánea se aborda, en cambio, en el capítulo 4. En este apartado muestro cómo este tema tiene una larga y problemática historia tanto en la filosofía como en la práctica política y como, aunque haya sido olvidada durante las décadas de la globalización triunfante, está volviendo al primer plano en una era marcada por riesgos sistémicos. La protección responde a múltiples temores sociales, los cuales se articulan de diferentes formas dependiendo del proteccionismo de la

derecha o del «protectivismo» social de la izquierda. A continuación, en el capítulo 5, hablo del control estatal: muestro, por un lado, como esta noción contiene en su interior distintos significados, los cuales tienen que ver con el conocimiento, la dominación, la dirección y la autonomía, y, por el otro, como la única manera de resistir a la tentación de la «manía de control», agitada por la derecha, es construir formas de planificación y control democráticas. En la conclusión me centro en una serie de puntos críticos, tanto en la teoría de la historia desarrollada en este libro como en las implicaciones del neoestatismo para la política industrial y comercial, la transición verde, las nuevas formas de Estado del bienestar y la democracia; también pongo en evidencia cómo el «neoestatismo real» a menudo pretende simplemente utilizar el Estado como un banco desde el que dispensar subvenciones para amortiguar el malestar social e incentivar a las empresas, en lugar de hacer de las instituciones públicas un medio de dirección económica y planificación de la realidad. El reto de la izquierda ante esta coyuntura es recuperar una visión a largo plazo, en la que la reconstrucción del Estado se vea como una oportunidad para la transformación real de la sociedad.